REVISTA CULTURAL
LA VASIJA

LA FORMACIÓN DE UNA VOCACIÓN

EL MUCHACHO DEL PAPEL DE EMPAQUE

JUSTO FERNANDO VALLEJOS

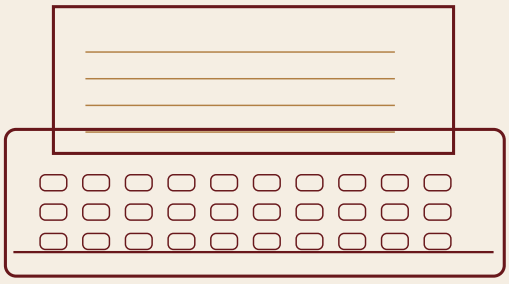
Crónica de formación lectora y periodística



JUSTO FERNANDO VALLEJOS · AUTOR

DE LAS PRIMERAS NOTAS A LA ESCRITURA

Un muchacho anota crónicas deportivas en papel de empaque. Un periodista reconoce su entusiasmo y le enseña mecanografía. Entre historietas, libros y las calles de Ciudad Darío, comienza a forjarse una vocación literaria.



Olympia · papel de empaque · lecturas juveniles

> *Muchacho, no busqués el peligro, la cosa está chiva.”*
>
> DON CIRIACO MENDOZA · SEGÚN EL RELATO DE VALLEJOS

EL MUCHACHO DEL PAPEL DE EMPAQUE

JUSTO FERNANDO VALLEJOS

Una crónica de aprendizaje, lecturas y memoria en Ciudad Darío

Nota editorial: se reproduce íntegramente el artículo facilitado para esta entrega. Se han normalizado únicamente los espacios propios de la composición tipográfica; la redacción, los nombres y el contenido permanecen como en el original.

Yo me encaminaba diariamente al centro de la ciudad, donde dejó el ombligo Félix Rubén García Sarmiento-figura descollante de la cultura nacional y más allá de las fronteras patrias-a teclear en una vieja máquina Olympia que el veterano periodista, voraz lector, le había puesto a su disposición y también un método de mecanografía "para que aprendas a escribir con todos los dedos, y como te gusta emborronar cuartillas constantemente, te facilitará el fluir del pensamiento", le había dicho de entrada el veterano periodista. Se notaba a todas luces que quería ayudarle al muchacho inquieto y con ganas de salir adelante en la vida.

Sí, todas las tardes, a eso de las cinco, estaba en la casa de Marta-la esposa del veterano periodista-ella no había perdido su belleza de tiempos idos, y con una sonrisa maternal y ofreciéndole una taza de café y pan de puntos rojos, recibía con buen ánimo al aprendiz de mecanógrafo.

El veterano periodista vivía exactamente contiguo al museo casa natal, donde vió la luz por primera vez el gran poeta, que cada 18 de enero, los pobladores celebran su cumpleaños.

No era pura coincidencia, los astros se habían alineado en todo su esplendor para que Rosa Sarmiento pariera a un hijo que trascendería los límites geográficos de su tierra.

El veterano periodista, se había formado a pulso, era un autodidacta empedernido, y leía todo lo que caía en sus manos, y así fue acumulando una vasta cultura.

No concluyó la primaria, pero eso no fue obstáculo para que un rotativo de la capital lo nombrara su corresponsal, y cumpliendo esa misión, le daba cobertura a eventos significativos que se producían en el pueblo, y por supuesto en su agenda de trabajo incluía las ligas de béisbol y baloncesto local, que provocaban alboroto y expectativas entre los fanáticos.

Esos recorridos los hacía a pie, en uno de esos días se fijó en un muchacho que armado con un papel de empaque, anotaba afanosamente los detalles de un juego que protagonizaban los equipos Sammy Lambert y los Vikingos, batalla que tenía lugar en la cancha de baloncesto del Instituto Franciscano Rubén Darío, ante un público mayormente de estudiantes, que se entusiasmaban ante

cualquier lance de su conjunto favorito, el veterano periodista, además de tomar apuntes para el reporte que enviaría al Diario esa tarde, se prometió ayudar al muchacho en lo que fuera.

El muchacho del papel de empaque, escribía febrilmente una especie de notas periodísticas, donde se detallaban las incidencias de los encuentros de baloncesto, y éstas pasaban de mano en mano e incluso las ponían en el mural del Instituto Franciscano Rubén Darío. Indudablemente se notaba a golpe de vista, que estaba influido por el estilo metafórico de un reputado cronista deportivo de Managua, que a diario leía con fruición y deleite.

Al veterano periodista, muy pocas personas conocían por su nombre de pila, en sus tiempos de bohemia y cuando era un mozalbete que quería conquistar el mundo, se vino a Managua al raid, procedente de Bonanza, y el mercado oriental fue su refugio, donde hacía de todo para para tratar de ver el sol claro, pero al ser habitante permanente de ese populoso centro de compras, no fue inmune a algunas prácticas negativas que enturbiaron su vida.

En ese tiempo, ya con sus tragos entre pecho y espalda, le daba por entonar frecuentemente en los bares donde disipaba su nostalgia, la canción "Penas", que cantaba Sandro el divo de Argentina, y que en la radio y rokonolas de la época-1968- sonaba insistentemente, y la gente lo empezó a llamar como el título de esa balada, pero en singular.

El papa del veterano periodista-un señor flaco y narizón, que encendía cigarro tras cigarro y parecía una fumarola incandescente, viajó desde Bonanza hasta Managua en operación rescate de su hijo, que según noticias llegadas al triángulo minero, se estaba perdiendo en el bajo mundo de la capital.

Don Guillermo, papá de Pena, era electricista-embobinador y tenía como ayudante al poeta metapeño Henry Lazo, que ese tiempo, era un adolescente avispado, ansioso por aprender un oficio y ayudar en los gastos de la casa de su mamá Luisa "La Gata".

El muchacho del papel de empaque, se aficionó a la lectura, cuando un día de 1977, descubrió por casualidad el puesto de revistas de Luisa "La Gata", situado una cuadra al sur de la gasolinera Shell, treinta varas al río cuando se dirigía a pescar sardina y mojarras a la poza La Ceiba y quedó deslumbrado por la variedad de historietas que anunciaban las portadas de esas publicaciones, mayormente producidas en México y que Luisa "La Gata", compraba a bajos precios en Managua.

Y como andaba unos pesos se propuso comprar algunos pasquines, los ojos le brillaban a Luisa "La Gata", que siempre andaba pintarrajeada y perfumada y ella le dijo que tenía fotonovelas-que eran más fáciles de leer-así como Capulina, Santos El Enmascarado de Plata, Popeye, Ermelinda Linda o hasta novela de vaqueros de Marcial Lafuente, sí así lo prefería, y que cuando las leyera podía hacer cambios por otra, pagando treinta centavos.

Fue así como el muchacho del papel de empaque, se envició y adquirió el virus de la lectura y empezó a hacerse de libros serios que le fueron formando culturalmente, hasta tener una base sólida de conocimientos.

Una tarde de mayo de 1979, el muchacho del papel de empaque bajó del barrio Santa Lucía, donde habitaba con su mamá Esperancita Suárez, hacia el centro de la ciudad, justo contiguo a la casa natal del poeta laureado. Se respiraba una tensa calma, el cuartel de la Guardia Nacional se había reforzado con tropas de la Escuela de Entrenamiento Básico de Infantería (EBBI), que patrullaban incesantemente las calles, era el preludio de la insurrección en contra de Somoza.

El muchacho del papel de empaque, finalizó su práctica diaria de mecanografía, eran aproximadamente las seis de la tarde, se despidió de Marta y enrumbó hacia el norte, de pronto siente un aire frío que recorre su espalda, un peligro acecha, mira de reojo hacia atrás con disimulo e identifica que es una patrulla de la EBBI que se acerca a pasos agigantados, pensó que si se corría era hombre muerto y esperó el desenlace con desesperación.

Recordó en un instante, como en una proyección cinematográfica, la cinta de su vida azarosa y llena de estrechez económica, de pronto se presenta una pizca de salvación: En la acera de enfrente está Don Ciriaco Mendoza, barriendo la acera de su casa, le hace señas y le grita “Muchacho, vení ayúdame”, raudo cruza la calle, la patrulla infernal pasa atropelladamente, siguiendo su camino, el peligro y la tensión suprema cesan. Don Ciriaco lo invita a un pocillo de café y le pide que se calme, y empieza a recobrar energías perdidas. Ese señor, de pelo blanco-evidencia del paso de los años- le había salvado la vida en el momento justo, se le acerca y le dice quedito: “Muchacho, no busqués el peligro, la cosa está chiva”.

Los textos firmados expresan la perspectiva de sus autores y no representan necesariamente la posición editorial de Revista Cultural La Vasija.